te, pero no en la naturaleza: no son cosas separadas. El ente perfecto tendría que ser móvil, y a la vez, una cosa natural. A este ente supremo llama Aristóteles Dios. Volveremos sobre este tema en próximo comentario. Hay, pues, múltiples maneras de ser, y esta observación preliminar es esencial. El ser -explica Aristóteles- se dice de muchos modos; esto quiere decir que la palabra ser tiene muchos sentidos, pero que estos sentidos tienen una conexión o unidad entre sí. Este genial descubrimiento de Aristóteles es lo que llamó y se sigue llamando la analogía del ser. Hay un ejemplo que ha venido a ser clásico: la palabra sano se aplica por igual a un alimento, al color de la cara, al paseo, a la diversión, a una medicina, etc; si bien es cierto que en cada caso significa una cosa distinta, no lo es menos que en todas ellas hay una común referencia a la salud.

Según el filósofo de Estagira, el ser se dice de cuatro maneras: 1o. El ser per se (por esencia) o per accidens (por accidente) 2o. Según las categorías, 3o. El ser verdadero y el ser falso, 4o. Según la potencia y el acto.

Decir, por ejemplo, que un hombre es abogado, es algo por accidente. El ser abogado es un accidente del hombre que no pertenece a su esencia. Decir, en cambio, que el hombre es racional, es decir algo de su esencia.

Los diversos modos en que el ser puede predicarse, son las categorías. En frases gráficas Aristóteles nos expone que las categorías son las flexiones o caídas del ser. Distingue diez clases: La sustancia (por ejemplo animal), cantidad (diez kilómetros), cualidad (rojo), relación (cuádruple), lugar (en la academia), tiempo (mañana), posición (sentado), estado (vestido y calzado), acción (matar), pasión (ser matado). Un mismo ser se puede flexionar en estos diversos modos. Lo importante de las categorías es que a la pregunta que se haga moviéndose dentro de una de ellas, no se puede contestar desde el punto de vista de cualquier otra. En todas las categorías se encuentra presenta la sustancia, la cual les da la unidad analógica.

Para Aristóteles algo es verdadero, cuando muestra el ser que tiene, y es falso cuando muestra otro ser diverso al suyo. Así por ejemplo, un caballo de cartón es falso como caballo, aunque como objeto de cartón es perfectamente verdadero. Lo falso es lo apariencial que no tiene realidad; La falsedad es un engaño o incumplimiento del ser. La verdad en cambio, es lo descubierto, la patente.

El último modo del ser es según la potencia y el acto. Un ente puede ser ya, es decir actualmente, o bien puede llegar a ser, esto es, tiene posibilidad. No existe una potencia en abstracto, sino que una potencia es siempre potencia para un acto; el huevo de gallina tiene potencia para ser gallina o gallo, pero no para ser avestruz. Por esto afirma Aristóteles, que ontológicamente el acto es anterior a la potencia. Hay que observar, también, que el ser en potencia necesita para existir tener cierta actualidad. En nuestro mismo ejemplo, el huevo de gallina es una gallina en potencia, pero es un huevo en acto. Y así pasa

con todas las cosas -excepto Dios que es acto puro-, que son a un mismo tiempo acto y potencia, aunque lo sean en diversos sentidos.

Estos cuatro modos del ser que hemos examinado brevemente, tienen como unidad analógica fundamental a la sustancia. La pregunta capital de la metafísica aristotélica es esta: ¿Qué es el ser? Y según el mismo Aristóteles esa pregunta equivale a esta otra: ¿Qué es la sustancia?. La pregunta capital de la metafísica aristotélica es esta: ¿Qué es el ser? y según el mismo Aristoteles esa pregunta equivale a esta otra ¿Qué es la sustancia?.

La sustancia (usía), significa ante todo la cosa independiente que existe en sí y no en otra. La substancia es la que esta debajo, lo que sostiene. Y en efecto, la sustancia es soporte o sustrato de sus accidentes; el color caoba, la forma cuadrada, la sensación táctil de dureza, etc, son accidentes que estan soportados por las sustancia mesa. Todos estos accidentes se predican de un sujeto; el color caoba es caoba de la mesa, mientras que la mesa es mesa en sí; la naturaleza que consiste en el principio del movimiento, es el modo fundamental de la sustancia. Pero hay diversas clases de sustancias. Tengo ante mi vista este hombre, esta casa, este cuadro; son cosas concretas individuales. Aristóteles las ha llamado sustancias primeras. Pero tenemos, además, otro tipo de entes, que son los géneros y las especies. No se trata ya de cosas individuales, sino que estamos en presencia de los universales que habrán de ser fuente de disputas inacabables en la edad media, la inteligencia o el árbol, son las ideas que no tienen existencia separada -como lo quería Platón- y que por tanto, no son sustancias en sentido riguroso. Sin embargo, aunque existen formalmente en la mente, existen en las cosas fundamentalmente. Por eso, Aristóteles llamó a los universales: sustancias segundas.

Para explicar la estructura ontológica de la sustancia, Aristóteles recurre a su genial teoría de la materia y la forma (Hilemorfismo). No se trata de dos partes reales que se unan para formar la sustancia, sino de dos principios o momentos ontológicos que el análisis puede distinguir en la sustancia (Julián Marias).

La materia es aquello de que está hecho un objeto; es justamente lo que se designa con las palabras ususales de materia prima. La forma es lo que confiere al ser la esencia. Un ejemplo nos aclarará ambos conceptos; la materia de un automóvil es el acero, el niquel, el hule, la lana de los asientos, la baquelita de la dirección y el tablero, etc., la forma es en cambio, la de automóvil; lo que hace que el automóvil sea automóvil y no carreta u otra cosa.

El universal ya no está separado de las cosas, como en las ideas platónicas, sino presente en ellas informándolas; esto es, la especie hombre, no tiene una existencia real separada de cada hombre, sino que la forma humana (universal) está presente en cada

ser humano. El ente concreto es, pues, un (compuesto hilemórfico). Quede entonces bien claro, que los universales son sustancias, pero abstractas, es decir, momentos abstractos de cada cosa individual,y por eso el metafísico de Estagira les llama sustancias segundas.

Entre la materia y la forma y la potencia y el acto, hay una íntima relación. "La materia -dice un intérprete de Aristóteles- es simplemente posibilidad, es potencia que solo se actualiza informándose; no tiene, pues, realidad por sí misma. Por esta razón, Dios que es pura realidad actual, no puede tener materia, porque no tiene mezcla de potencia y acto, sino que es acto puro". Aristóteles define el movimiento, como "La actualidad de los posibles en tanto que posible", con esta definición indica el paso de la potencia al acto. El movimiento, que desde Parménides venía siendo imposible, es genialmente explicado por Aristóteles que, de esta manera, restaura la física.

Como lo individual tiene una infinidad de notas accidentales y no puede agotarse en un saber, la ciencia es siempre de lo universal; ciencia demostrativa que por las causas y principios hace conocer las cosas.

Cuatro son las causas que determinan la realidad en su ser, en su esencia, según Aristóteles. Las dos primeras son extrínsecas porque causan el efecto como enteramente distinto de ellas, y se denominan causa eficiente y causa final. La causa material y la causa formal son las segundas y se les llama intrínsecas porque con su mutua unión sustancial constituyen la realidad del ser.

La causa material es la materia, aquello de que algo está hecho. La causa forma es lo que informa un ser y hace que sea lo que es. La causa eficiente es la fuente bajo cuyo influjo emana el nuevo ser enteramente distinto de ella. Pero la causa eficiente se pone en acción porque persigue un fin: causa final que le determina a desplazarse. Esta, la causa final, es la suprema entre todas las causas, porque mueve a la causa eficiente la que a su vez determina la materia y la forma. Con razón los escolásticos le llamaron -siglos más tarde- "Causa de las causas".

Aristóteles afirma que el ente es lo más universal de todas las cosas, y las envuelve y penetra a todas, sin confundirse con ninguna. Niega categóricamente que el ser sea género, porque ninguna diferencia específica se le puede agregar al ser, ya que esta tendría que ser distinta del género, y si la diferencia es distinta del ser, no es.

LA ETICA ARISTOTELICA

El hombre persigue con avidez la felicidad. De esto no cabe duda alguna. De fin en fin, de bien en bien, llegamos necesariamente a un bien supremo que -con carácter de exclusividad puede satisfacer nuestra actividad y producir la felicidad. Este bien soberano es idéntico a la felicidad soberana. Y por felicidad

hay que entender, la posesión apacible y permanente de un bien suficientemente perfecto para que baste a colmar nuestros deseos.

Distingue el estagirita la felicidad o eudaimonía del placer o hedoné. El placer no es algo adventicio que se sobreponga desde afuera al bien perfecto de la acción. Es su desarrollo natural, la flor silvestre. La felicidad del hombre contiene en cada una de sus acciones el placer que le es propio.

El acto propio del hombre no es la vida, que nos es común con los vegetales y los animales. No es tampoco la sensibilidad, que nos es común con los animales. El acto verdaderamente propio del hombre es el pensamiento; en el reside el fin y el bien soberano. La forma de vida feliz es la vida contemplativa o teorética, superior indudablemente, a la vida de placeres, a la vida productiva o a la simplemente práctica. Pero es menester que esta vida teorética sea continua y perdurable.

Lo más excelente que hay en el hombre, es el entendimiento. ¿Por qué? Pues sencillamente porque las cosas conocidas por la inteligencia son las mejores entre las cognoscibles, porque es la actividad más continua y más acompañada de placeres puros y firmes, y por último, porque es la forma de vida más suficiente, puesto que el sabio puede ejercitar su contemplación incluso en la soledad. Signo incontrovertible de la excelencia de la vida teorética, es que su actividad no busca nada fuera de sí. Esta forma de vida contemplativa es, en cierto sentido, superior a la condición humana, y sólo porque hay algo de divino en el hombre, es posible lograrla.

Hay virtudes inferiores y hay una virtud superior. Este es la contemplación o pensamiento desinteresado que se busca y se ama por sí misma, sin otra utilidad que su propia acción. Virtud contemplativa la llama Aristóteles. A ella llegaremos por medio de las virtudes prácticas morales y sociales, que se ejercen en la esfera de la actividad y del movimiento.

La virtud consiste en el justo medio entre el exceso y el defecto. La experiencia se encarga de enseñarnos que tanto el exceso como el defecto son generalmente nocivos: sirvan como ejemplo, los alimentos, los ejercicios corporales, los placeres. La regla del prudente (sabiduría práctica) es, pues, un promedio: nada en demasía. El valor es el justo medio entre la cobardía y la temeridad; la liberalidad, entre la avaricia y la prodigalidad. El virtuoso es un de razón que entre los diversos excesos a los que le inclinan sus pasiones, sabe discernir y elegir su verdadero bien en todas las circunstancias. Se fija un límite a los extremos pasionales, que no tiene nada de matemático pero que indica la línea que debe seguir en cada ocasión la acción razonada.

Aristóteles nos ha legado una exposición y valoración de los diversos modos de ser del hombre, de sus diferentes virtu-

des y vicios. En esta caracterología descuella el retrato del magnánimo: bella figura, un poco altiva, que posiblemente fue diseñada en un principio para servir de modelo al príncipe heredero de Macedonia, Alejandro el Grande; el retrato del hombre de mundo, es más amable pero menos valioso. Hay que observar que estas descripciones se dan con un valor de ideal y no como simples observaciones de caracteres, tratase en cada uno de ellos de un tipo de virtud propuesto a la imitación de los hombres.

En el estudio de las virtudes sociales, es, tal vez, donde principalmente resplandece el genio de Aristóteles. La sociedad se basa en dos virtudes: la amistad y la justicia.

La verdadera amistad no es solo inclinación casi pasiva, sino una benevolencia activa, una constante voluntad de la felicidad y el bien del prójimo. La amistad supone, por eso mismo, reciprocidad afectiva y servicial, sin ella la ventaja resultaría para el más amante y la igualdad no existiría. La amistad produce el apego que el hombre siente naturalmente por el hombre, a lo cual Aristóteles da el bello nombre de Filantropía... Amando a nuestro amigo, amamos a nosotros mismos, no con amor vulgar y egoísta, sino con amor desinteresado; nos amamos en la parte benevolente y amante, nos amamos en el prójimo (feuillée).

La justicia -dice categóricamente Aristóteles- es el bien del prójimo. Ahora bien, las relaciones de justicia entre los hombres pueden ser de dos clases: conmutativas y distributiva. En la primera regla es que los valores cambiados sean iguales, sin consideración a las personas. En la segunda, los bienes se distribuyen entre las personas de acuerdo con su mérito. En este caso, hay que considerar las cosas y las personas. Se trata a los iguales como iguales, y a los desiguales desigualmente.

La equidad es una dichosa rectificación de la justicia. Aristóteles compara a la equidad con la regla lesbia que se adapta, para medir, a las sinuosidades del objeto. La justicia no conoce de casos individuales y concretos, sus dictados son generales y abstractos; para corregir su rigor, entra en funciones la equidad.

LA POLITICA

Una de las más grandes obras maestras de la antigüedad clásica y de todos los tiempos, lo es la política de Aristóteles, contenida en ocho libros. El genio observador del estagirita, el extraordinario material documental que posee sobre su ciudad griega, y su conocimiento profundo de las cuestiones económicas y políticas, se unieron para la producción de esta obra maestra.

La sociedad no era -para Aristóteles- nada convencional. La sociedad era algo inherente al hombre mismo y no simplemente estatuído, esto es, trátase de un hecho natural.

Así como el individuo realiza su actividad en vista de un fin, la sociedad también persigue un bien. Este supuesto sirve de base

a toda la política Aristotélica.

La familia constituída por la unión del hombre y la mujer, para perpetuar la especie, es la forma elemental y primaria de la sociedad. Pero, además de la propagación de la especie, en la familia existe una relación de mando que produce la estabilidad económica. La aldea o Kome se integra por la agrupación de varias familias en una unidad social superior.

Para la forma suprema de comunidad, según Aristóteles, es la unión de varias aldeas que forman la ciudad o polis. Su característica es su autarquía o suficiencia, a diferencia de las aldeas, que no se bastan a sí mismas y requieren las unas de las otras.

El hombre es un animal político a quien no le es dable vivir fuera de sociedad. No se trata de algo accidental, sino de algo ontológico. A la sociedad sólo se podría sustraer una bestia o un Dios, pero no un hombre.

Aristóteles define al Estado como reunión de hombres libres e iguales. La sociedad y la polis (ciudad-estado) son igualmente naturales, y por tanto se identifican.

La idea de la esclavitud estaba de tal manera arraigada en la conciencia helénica que ni los espíritus superiores de Platón y Aristóteles pudieron sustraerse a ella. Este último dividió a los hombres en dos clases. Unos encargados de las funciones de la inteligencia, otros del trabajo manual; los primeros gozan de libertad civil y política, mientras que los segundos están condenados a la esclavitud. Los seres más perfectos -dice- están hechos para mandar, y los esclavos que no tienen razón más que para comprender la razón de los demás, los esclavos por naturaleza. La propiedad es lo que hace al ciudadano, porque el esclavo nada tiene. Si no fundamenta Aristóteles el derecho de propiedad, por lo menos muestra admirablemente su utilidad.

Respecto al problema de la forma del estado, Aristóteles no cree que haya de ser sólo una única forma la valedera. Considera que la monarquía, la aristocracia o la república son tres formas igualmente puras, regidas por el interés común. Si los gobernantes se dejan llevar por su interés personal, estas tres formas estatales pueden degenerar respectivamente, en tiranía, oligarquía (fortuna basada casi siempre en la plutocracia) y demagogia. Quizás Aristóteles -como Platón- creyó que el mejor gobierno es el gobierno de los mejores, pero también estimó que la mayoría es lo más aproximado a la humanidad, y por consiguiente, a la totalidad de los individuos, en los que solamente reside el poder. La república atemperada, en la que se moderan mutuamente la fortuna, el mérito y la libertad, parece ser la verdadera preferencia de Aristóteles.